



## ***Desarticulaciones y la construcción de una memoria narrativa***

**Molloy, Silvia (2010): *Desarticulaciones*. Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora, pp. 76.**

### **Claudia Pascual Parada\***

La narradora visita casi diariamente a ML., con quien compartió una estrecha amistad y ahora padece mal de Alzheimer. A partir de esos encuentros y los fragmentos de memoria de ML., va construyendo un relato poderosamente conmovedor sobre la desarticulación de una mente que progresivamente va borrando todo de una manera peculiar. (...)

Con estas palabras, el editor nos presenta este libro cuya escritura es, de algún modo, una constante búsqueda del juego de la memoria y el olvido. Un texto que se sitúa, de manera ambivalente, en el límite entre la construcción de una memoria personal y el abandono de una memoria común. Detrás de esta “historia”, y a partir de un hecho real y concreto que forma parte de un momento esencial en la vida de la narradora, encontramos la urgencia o el deseo del acto de narrar. Una suerte de ensayo sobre ese mismo acto narrativo y sobre la concepción, tal vez no de forma deliberada, del lugar del narrador.

Este “ensayo” bien podría definirse también como un relato, como un cuento, como una novela, hasta como un diario íntimo. Pero su estructura, escurridiza y poco arquetípica, hace que escape a cualquier clasificación rígida. Lo que queda fuera de dudas, es que es una narración -o muchas narraciones a la vez- que gira en torno a la reflexión de la relación entre recuerdo y olvido. Reflexiones que surgen de la constante percepción “del otro” y de la relación con ese mismo “otro” que poco a poco escapa a una realidad compartida.

El texto en su totalidad está dividido en pequeñas narraciones, cercanas a la crónica personal, que van

---

\* Claudia Pascual Parada es Profesora en Letras, graduada en la Universidad Nacional de La Plata (FaHCE-UNLP), y escritora. Trabaja como profesora en escuelas secundarias públicas de la ciudad de La Plata. Ha publicado su primer libro de relatos *Un día en la vida*, con la editorial platense *Morosophos*.  
[esther\\_primavera@yahoo.com.ar](mailto:esther_primavera@yahoo.com.ar)

tomando cuerpo y se van sucediendo en las páginas a través de la pluma de la autora, conforme el azar lo va dictando: cada vez que va a visitar a su amiga, se va encontrando con lo inesperado, con lo asombroso, con lo terrible, con la contingencia, que la empujan a escribir. De ahí surgen estas instantáneas narrativas de lo que va viviendo y meditando en y luego de cada uno de esos encuentros. Así, nos encontramos con títulos tan sugerentes como “Desconexión”, “Retórica”, “Lógica” “Libertad narrativa”, “Expectativa”, “Rememoración”, “Desencanto”, “Voz”, entre otros. En “Retórica”, por ejemplo, luego de una anécdota que ML narra, y en la cual cuenta que de niña había desconectado de la máquina a una parienta suya que estaba gravemente internada en el hospital, Molloy concluye que nunca sabrán si esa historia contada ha sido un experiencia real o un recuerdo inventado, pues ML misma es incapaz de recordar del todo, que seguramente ya habrá olvidado esa historia misma que ha contado, si es que existió, y ve este acto narrativo como una posible expresión velada de un deseo propio de morir o como una disculpa camuflada de ese acto que ahora podría percibirse como censurable desde la óptica del que quiere recordar y no puede hacerlo más que desarticuladamente. En “Lógica”, por su parte, el hecho de que ML pregunte por los nombres de las personas que la frecuentan, como si esas mismas personas no estuvieran ahí presentes en el momento de ser pronunciados sus nombres, le da pie a la narradora para reflexionar que para pensar razonablemente no es necesaria la razón; y en “Identikit” se pregunta cómo dice “yo” la persona que no recuerda, y piensa cuál es el lugar de su enunciación cuando ya no hay memoria, pues ML ha respondido, en un momento, que se llama Petra -un nombre ajeno- y ahí es donde Molloy ve un juego de ironía, pues “Petra”, “la piedra”, es insensible.

Molloy misma escribe en el libro: “Tengo que escribir estos textos mientras ella está viva, mientras no haya muerte o clausura, para tratar de entender este estar/no estar de una persona que se desarticula ante mis ojos. Tengo que hacerlo así para seguir adelante, para hacer durar una relación que continúa pese a la ruina, que subsiste aunque apenas queden palabras” (Molloy, 2010: 9).

De ahí la cuestión: ¿cómo sostener una relación afectiva cuando ya no quedan palabras para construir esa amistad, cuando sólo quedan las desarticulaciones de una subjetividad? Vemos la presencia de una relación estrecha y vital entre la palabra, la vida y la conciencia, lo cual se contrapone al silencio, la muerte (o clausura) y la desmemoria y su lugar común: el no lugar, el no existir.

Vagar por estas páginas, como por entre un puñado de duras y anhelantes palabras que nos devuelven una vez más a lo mágico y lo terrible de narrar historias vividas, es encontrarnos con nosotros mismos o con lo que pensábamos ser y haber sido. Trazos de la reconstrucción fragmentaria de una memoria que encuentra sus cimientos más fuertes en la construcción del olvido mismo.

Al leer estos relatos, o mejor dicho, este relato que conforma una única historia en el resplandor de su aparente descomposición, se me vienen a la cabeza algunas reflexiones a partir de lo que la autora parece querernos decir: somos lo que los demás recuerdan de nosotros. Si nadie nos piensa o nos rememora, no existimos, pues nadie existe únicamente para uno mismo. La imagen frente a la mirada del otro, nos completa y, como un soplo cuasi divino, nos otorga la vida. Como nuestra propia imagen de espaldas, que nos es casi imposible conocer, es difícil aprehender nuestra esencia en su totalidad si no es gracias a la generosidad o maldad del que nos recuerda o nos mira desde una perspectiva, algunas veces, opuesta a la nuestra. Ahí entra en juego la creatividad, la invención, la libertad de pensarnos y contarnos como más deseamos. La identidad, lo que vivimos, ¿es algo que se crea? ¿Somos también lo que fabulamos y otros fabulan, o solamente lo que en verdad vivimos? ¿Cuál es entonces la materia de la experiencia?

En este mismo sentido, también es válido el otro camino: narrar al otro para narrarnos a nosotros mismos. Decir al otro para explorarnos. No por nada, la actividad de narrar ha estado fuertemente presente desde el comienzo, en las civilizaciones más arcaicas. La pregunta ahora es: contar y recordar ¿para qué?

Este libro remite de algún modo a “El sueño y la revolución”, donde Jean Schuster plantea que la historia no debería componerse únicamente del relato de los hombres despiertos, porque en el sueño están condensados el deseo, los temores, las tendencias, los objetos, los sentimientos, los secretos de las personas. Es el descenso al corazón de uno mismo y del otro, y es donde las relaciones más ilícitas se vuelven familiares.

Se desdibuja así el límite confuso entre el sueño y la realidad, el sueño y la vigilia, y concluye que “no existe sueño gratuito, que por el simple hecho de soñar, el hombre cambia su destino...” (Schuster, 1951: 46).

Recordar no es gratuito, por el simple hecho de recordar, las personas cambian su destino, o mejor dicho, su presente y de algún modo su pasado. ¿Cuál es la relación entre la memoria y el olvido? Hay un límite inexistente entre los dos. Casi se tocan y hasta se devoran mutuamente. ¿Qué importancia tiene la memoria en las personas?

El recuerdo es lo que nos hace humanos, es lo que nos sitúa en el mundo, lo que nos permite (re)conocernos y construirnos, lo que nos permite relacionarnos, aprehender lo que nos es conocido. Sin la memoria sobre nosotros mismos, perdemos la brújula, el “de dónde venimos y a dónde vamos”. Ya lo decía de algún modo Homero en *La Odisea*, a propósito de Ulises y su terrible experiencia del olvido, de la ingrata pérdida de la memoria que lo aleja cada vez más de su objetivo, de su rumbo. Ulises, que cruza así las fronteras de lo humano, del mundo conocido, internándose un mundo del más allá, en un espacio de no humanidad que lo empuja hacia la oscuridad.

Y es que en la oscuridad está el lugar del olvido, pero al mismo tiempo, el germen de la memoria. Ahí es posible recordar. Un lugar similar a la locura y al sueño. En ese punto de oscuridad está la materia latente de los sueños y del recuerdo, por ende, la materia latente de lo narrable. De la literatura, y esto es, precisamente, lo que nos salva: la escritura, el narrar. La literatura, el sueño y la locura, como el lugar donde todo es posible. Como el héroe aqueo que sobrevive al olvido y recupera la posibilidad de contar una historia, su historia, y así quedar en la memoria y alma de todos nosotros, los que aún creemos en la fuerza de una narración.

### **Bibliografía**

Homero (2001): *Odisea*. Buenos Aires, Editorial Planeta.

Schuster, Jean (1951): "El sueño y la revolución". *Surrealismo y anarquismo*. Buenos Aires, Terramar Ediciones, pp. 45-46.